

# ALFONSO DE LAFERRÈRE

## UN MAESTRO DE LA CRÍTICA POLÍTICA

por el Académico DR. OSVALDO LOUDET

Cuando le preguntaron a Bergson, qué opinaba sobre Ortega y Gasset, se atrevió a contestar: "él se cree un filósofo, pero es un periodista de genio". Precisamente, porque era un periodista de genio era un auténtico filósofo. No un filósofo de las circunstancias pasajeras y efímeras, sino de lo permanente y profundo que se clava en el corazón del tiempo. No de la hora que pasa, sino de la hora que queda. Hay periodistas que son filósofos en la historia y lo ignoran, como hay historiadores que son simplemente periodistas transitorios. No olvidemos que Ortega fue hijo de un periodista de talento, Ortega y Munilla, y heredó de su padre la agilidad para manejar la pluma, la rapidez para captar un gesto, la agudeza para penetrar sutilmente en los espíritus. Vivió durante su juventud en ese diario, que no era político-literario, como lo indicaba su título, sino más literario que político, como lo demostró de inmediato al publicar por primera vez en España las sonatas de don Ramón del Valle Inclán.

Alfonso de Laferrère fue un periodista nato y por accidente político-teórico. Heredó de su padre don Gregorio, el amor a las letras y a la tinta impresa. Nunca usó de la tinta oscura porque sus ideas fueron claras. Tampoco se desvió de la línea recta, porque su pulso era firme y se orientaba hacia altos ideales. Pudo practicar el "buen humor" de don Gregorio y ser un dramaturgo costumbrista, agudo y chispeante, pero prefirió ser un crítico severo y justo, sin ser nunca despiadado. La retórica política, mal de todos los tiempos, le indignaba por lo sonora y por lo falsa. Poseía un estilo propio, para atacar lo que no podía pasar por alto y para defender lo honesto y defendible. Las formas de expresión eran suyas, los adjeti-

vos eran suyos, los verbos de acción también lo eran. Nada más cierto que lo dicho por Buffon en su discurso de ingreso en la Academia Francesa: el estilo es el hombre. Por eso detrás de algunos editoriales aparecía la figura del hombre, toda entera. El lector perspicaz y atento descubría al autor que hacía blanco en la conciencia pública. Así como los artículos costumbristas de Fígaro no necesitaban la firma de Larra para ser identificados, los editoriales de Laferrère no requerían la suya para ser reconocidos. Hay plumas que son insustituibles. Lástima grande que tan copiosa cantidad de artículos y comentarios no se hubieran coleccionado para formar el alegato más formidable contra los demagogos y los dictadores.

Lo primero que suprimen los déspotas es la libertad de prensa porque esa libertad termina por extirparlos. Los malos gobiernos, que le tocó observar, fueron disecados por el bisturí de su pluma, sin que ella jamás le temblara, ni se detuviese, ni se quebrase. Ese heroísmo civil lo conocen los periodistas de su estirpe. Cumplen con un deber irrenunciable, aun previendo persecuciones, infortunios, secuestros o asesinatos. Muchos de esos periodistas son "soldados desconocidos" cuyos nombres no conocerá la historia. No importa, porque en sus diarios han tomado las impresiones digitales de los delincuentes. Pueden los dictadores clausurar las imprentas, pero no pueden clausurar las almas. Se ha dicho con razón y lo repito, que el día más glorioso de este diario ha sido el de su clausura, y luego el de su expropiación. Cuando volvió la libertad y abrió sus puertas, se iluminó el país.

Para todos los que lo conocieron, era un símbolo de la honestidad periodística, del sacrificio sin premio, de la altivez sin empaque, de la luz mantenida bien alta en medio de las tinieblas más oscuras, de las tormentas más desorbitadas. Muchas veces hemos pensado qué título genérico podían tener la totalidad de sus escritos de observador político. Hemos pensado en "El Espectador" recordando el libro del filósofo hispano. Sin embargo, no sería exacto. No correspondería a la totalidad de su contenido y sólo a una actitud frente a la vida. Tampoco ha sido un espectador pasivo. Actor indirecto, ha frenado o impulsado la opinión pública, cuando estaba confundida o engañada por los demagogos delirantes. No ha permanecido impasible a orillas del río humano, casi siempre agitado, que va arrastrando en su corriente muchos árboles gran-

des o pequeños, cargados de frutos madurados por los soles o por las lágrimas de muchos días.

El periodista que fue Laferrère durante toda su vida demuestra que ésta era su profesión congénita, la columna vertebral de muchas otras actividades de la inteligencia que aparecen como convergentes o accesorias. Existen periodistas vitales, que nacen con todas las aptitudes para ser señores de la pluma. Otros, accidentales, que apenas arañan el papel sin dejar rastros. Pero hay periodistas de alto vuelo que descubren dentro de ellos un historiador, un novelista, un poeta, un filósofo. Ha sucedido con el periodismo lo que aconteció con la crítica literaria: se la consideró como un género de menor cuantía que se alimentaba con las migajas de otros géneros de antigua data. Desde mediados del siglo pasado apareció la crítica como un género de alta jerarquía y el periodismo, además, como el cuarto poder.

Era Laferrère un autodidacta, espíritu libre sin disciplinas asfixiantes, sin programas oficiales, que se hizo solo. El orden y la disciplina no eran para él. Le hubieran cortado las alas. Sus planes de estudio fueron irregulares y por eso fecundos. Nada más estéril que lo totalmente reglamentario. Más estéril y más aburrido. El aburrimiento se combate con la violación de las normas pedagógicas. Naturalmente para eso hay que tener talento, y él lo tenía para desperdigarlo.

El periodismo es una escuela de cultura libre, cuyos programas los hacen los propios alumnos y sus exámenes son libres y anónimos, sin recomendaciones de ninguna especie. Se rinden ante la opinión pública que los aprueba o los desaprueba. ¡Cuántas vocaciones ocultas aparecen de súbito! Cuántos literatos, cuántos historiadores, cuántos poetas, cuántos legisladores, empezaron siendo periodistas!

## EL PERIODISTA

Al ocupar en la Academia de Letras el sitial bautizado con el nombre de Bartolomé Mitre, dijo con orgullo, que lo hacía invocando su título de "periodista". "Otros periodistas —subrayó— integran esta Academia, pero tam-

bién con merecimiento de orden más amplio. Yo me incorporo en cambio con ese solo título, adquirido desde los diecisiete años, precocidad que casi me permitiría mirarlo como una vocación congénita. Ni la celebro ni la deploro; me he limitado a ser fiel a mí mismo y pienso que, si me hubiese apartado totalmente de mis redacciones, nunca accidentales, siempre elegidas como recinto de ideas que de antemano compartía en estas tribunas, habría sentido la impresión de estar obligado a respirar fuera de mi necesaria atmósfera". Naturalmente, atmósfera respirable por el oxígeno de las ideas, la ventilación de las doctrinas, la libertad de las opiniones, manteniendo siempre abiertas las ventanas a los cuatro vientos del espíritu. Él mismo ha contado "el placer inmenso que le producían las columnas que llenaba todos los días, el cuidado con que las redactaba, la atención de corregirlas, los efectos sedantes o ásperos que se les atribuía por la influencia que efectivamente llegaron a tener en horas decisivas".

Se ha dicho que el periodismo es fatalmente político. No es así, sin embargo. Existe un periodismo de acento con predominio partidario; otro, esencialmente cívico, sin color político; otro, de predominio literario con múltiples facetas de otro carácter. Nuestros grandes diarios, desde época remota, tuvieron un ideal común con acentos diversos. Cuando se fundó Sur-América, dijo que sería político y literario y fue ambas cosas y en sus páginas se publicaron "Fruto vedado", de Groussac, y "La gran aldea", de Lucio V. López. Cuando se fundó "La Nación" dijo que sería un diario de doctrina y lo fue toda la vida; cuando se fundó "La Prensa" se inspiró en la defensa de la Constitución y en los principios republicanos y por defenderlos estuvo a punto de morir. Todos estos diarios fueron espejos de la República y tuvieron acentos polémicos en muchas circunstancias. ¿Por qué un acento polémico? No eran tiempos para hondas discusiones filosóficas. Todavía existían algunas llamas no apagadas de las luchas civiles. No podía un diario de cierto nivel intelectual, ser exclusivamente político, sin ser cívico y más o menos doctrinario, sin pedir auxilio a las letras, sin hacer la filosofía de los hechos que pasaban más o menos tumultuosos a su lado. Casi todos nuestros políticos —observaba Laferrère— fueron periodistas y concibieron la prensa como un instrumento irremplazable para influir en la historia. Sentían la responsabilidad, la fuerza, el orgullo y la dignidad de su profesión. Desde Moreno y Montegudo

hasta Mitre y Sarmiento, todos fueron periodistas y hombres de gobierno. Cuando tuvieron en sus manos el timón de gobernante sentían nostalgias por las prensas palpitantes. Hubieran preferido las plumas para orientar conciencias a las plumas para firmar decretos o nombramientos en la Casa de Gobierno.

Todos eran "claros varones" porque eran claros en las ideas, nobles en los sentimientos y limpios en la conducta. Pero merecían sobre todo —lo dice Laferrère— ser llamados "ciudadanos" que amaban su país por encima de egoísmos e intereses personales. Cuando hablaban de sí mismos "lo hacían con secreta unción, porque luchaban por la libertad, por la educación, por la verdad; luchaban para civilizar el país, viéndolo desde distintos ángulos pero con sinceridad sin reticencias, con amor sin límites". Gladiadores de nobles empresas, no conocieron la mentira ni el miedo. Todos habían labrado en sus escudos el verso de Corneille: "Vencer sin peligro es triunfar sin gloria".

El periodismo está vinculado a la política, a la historia y a las letras. La historia vendría a ser el cuerpo intermedio, el punto de confluencia entre las tres disciplinas que convergen inevitablemente.

Después de haber leído las páginas de Laferrère sobre los valores positivos y negativos de los partidos políticos, de sus períodos ascensionales y declinantes, las crisis morales intermitentes, debemos preguntarnos: ¿a qué partido político pertenecía nuestro hombre en el fondo de su conciencia? No es difícil contestar a esta pregunta porque siempre habló sin ninguna máscara. Hubiera pertenecido y pertenecía al "Partido de la Inteligencia". ¿Partido de la Inteligencia, preguntarán? Sí, a un partido de hombres sensatos y clarividentes, que están incluidos en todos los partidos y no creen que el patriotismo sea patrimonio de ninguno. El Partido de la Inteligencia siente y comprende los problemas del país por encima de las pasiones y los éxitos de las facciones; tiene una balanza para pesar las ideas y las teorías, las realidades accesibles y los sueños inalcanzables, los defectos y las virtudes comunes a todos los hombres. Hay que colocar el "Partido de la Inteligencia" frente a los partidos de la oportunidad, de la ilusión, del interés y de la ignorancia.

Lo que no admitía este hombre de carácter —es la definición que más le corresponde— es la neutralidad, la imparcialidad permanente que, en muchos casos, es una forma de la cobardía. “Seamos honradamente parciales —escribía— mientras cada cual defienda lo que juzga más próximo a lo bueno. Justifiquemos el grado de pasión que ponemos en ella. De pasión está hecho el espíritu de los constructores y quien dice pasión dice parcialidad. La parcialidad es creadora y aún el prejuicio. Sin parcialidad no es concebible el heroísmo. Hasta el amor es un modo supremo de parcialidad”.

Un hombre de su sensibilidad moral, de su capacidad de indignación, no podía permanecer imparcial entre la verdad y la mentira, la simulación y la franqueza, el delito y la virtud, la luz y la oscuridad. Alguna vez hizo Laferrère el elogio de la imprudencia y censuró la excesiva paciencia y tolerancia, que es igualmente una forma disimulada de la complicidad. Para los débiles morales “la prudencia consiste en disentir con los poderosos, aunque tengan orejas hiperbólicas. Consiste en disentir con ideas que no haya consagrado el uso común”. Y esa actitud de imparcialidad sistemática y consecuente compostura se extiende a todos los géneros de actividad en que sea posible un apercebimiento combativo”. Y agregaba con tristeza: “compadezcamos al imparcial que renuncia a las satisfacciones grandes. No verá nunca victoriosa su justicia, dominadora su verdad, flameante en lo alto su bandera inviolada. No sabrá de las compensaciones de la adversidad, ni cómo se afirma el orgullo, se aquilata el carácter, se integra la personalidad”.

Yo siempre recuerdo una escena que tuve la suerte de presenciar en la Dirección de “La Prensa”. Tenía como escenario el despacho del Director y como actores a Alberto Gainza Paz y Alfonso de Laferrère. ¿De qué hablaban aquellos dos hombres que parecían afiebrados? ¿Qué temas debatían con tanto ardor? ¿Qué les inquietaba? ¿Qué suspensos cortaban el diálogo, para ahondar las preguntas y las respuestas? Aquellos dos hombres le estaban tomando el pulso al país. Percibían cuando el pulso se debilitaba, cuando la presión subía, cuando era palpable la arritmia del desorden, cuando la intoxicación demagógica lo llevaba al colapso. Estos médicos sociales jamás desesperaron porque conocían el vigor y la resistencia del corazón de su patria. Aquel corazón tan torturado tenía una vida

inmortal por los siglos de los siglos. Le tomaban el pulso todas las noches y preparaban la terapéutica tonificante y salvadora. A la mañana siguiente aparecía el editorial que despertaba a los dormidos, sacudía a los indolentes e iluminaba a los despiertos y volvía optimistas a los desalentados. Se tenía la impresión de que el corazón del país rejuvenecía, que el pulso se normalizaba. Estos hombres, aparentemente tranquilos, iban a la batalla para vencer o morir. Nunca abandonaron la esperanza y la hora de la resurrección. ¿Cuál era la hora del despertar supremo? ¿Cuál era la hora del heroísmo? La hora de la rebelión. Sólo los que han sufrido la hora de la esclavitud, pueden gozar de la hora de la libertad. Por eso Alberto Gainza Paz y Alfonso de Laferrère aparecen juntos en la lucha por la libertad de prensa y el ideal republicano.

## UN GRAN MAESTRO

Fue Laferrère un autodidacta, un espíritu libre sin disciplinas rígidas y cursos obligatorios. Sus alimentos espirituales venían de todos los horizontes. Desdeñaba el orden y las dosis preestablecidas. El plan de estudios lo hizo él mismo y lo adoptó según las circunstancias de la vida. No olvidemos que los planes de estudio creados espontáneamente son los de mayor valor moral. Los espíritus mediocres son incapaces de estructurarlos. La vocación profunda de Laferrère era enseñar mediante la pluma y su cátedra fue el periodismo. Sin embargo tuvo un maestro, libre como él, y ese maestro fue Groussac. Lo visitaba diariamente en la Biblioteca Nacional de la cual era Director, sin otros testigos que los libros callados y algunas veces entreabiertos, como si quisieran grabar ellos mismos algo de aquellos diálogos socráticos. Conversaban el maestro y el discípulo con voz atenuada por el peso de los pensamientos. Laferrère ha evocado estos encuentros vespertinos. "En su despacho de la Biblioteca —escribe— bajo la efigie de Taine y de Renán, frente al rostro de león de Pellegrini, solía disfrutar de su conversación, «en la doble serenidad de la tarde apacible y de la venerable vejez», para decirlo con palabras suyas". Cuando salía del encuentro con el maestro ya encorvado por el peso de los años y la amargura de los egoísmos, se sentía erguido por la fuerza de sus ideales y el sueño de sus esperanzas. El que más

hablaba en aquellos diálogos era el maestro y el que más escuchaba el discípulo, pero el diálogo se resolvía siempre en monólogos, tal era el poder de aquella palabra mágica. ¿Pero terminaba en realidad el monólogo, nos preguntamos? De ningún modo. Seguía conversando con Taine, Renán, Flaubert, Goncourt, Daudet, Dumas, los grandes interlocutores de su amada Francia. Dialogaba también con sus amigos de la generación del 80. Sus recuerdos le permitían conversar de nuevo con Avellaneda, Vicente Fidel López, José Manuel Estrada, Carlos Pellegrini, Pedro Goyena y Aristóbulo del Valle. Laferrère platicó indirectamente con todos ellos a través de Groussac. Como véis, se puede conversar con los hombres de una generación anterior si tenemos la suerte de encontrarnos con un sobreviviente de esa generación. En la generación del 80 encontró Laferrère sus abuelos como Groussac había encontrado sus hermanos adoptivos. En su libro "Los que pasaban", Groussac los resucita, los hace hablar y discutir y terminamos por amarlos y por respetarlos, encendidos como estaban por un sano patriotismo.

Laferrère ya había vivido con la generación romántica de 1837 a través de sus libros y de sus sueños y vivió después con la generación del 80, gracias a Groussac. Esta generación no fue tan positivista, ni escéptica, ni pragmática como algunos la han clasificado. Había soñado previamente con el lirismo de Echeverría. Fue una generación de inteligencias superiores, de hombres de pensamiento y de acción, sin que podamos decir, si fueron más lo primero que lo segundo. Hay que admirar su intuición sobre el futuro, la lógica de sus proyectos, su sacrificio silencioso y su obra creadora. Digamos, por nuestra parte, que "Los que pasaban" no se han ido. Se han quedado con nosotros, dejándonos sus almas clarividentes. Nos han mostrado cómo amaron al país, la claridad de sus principios, la lucidez de sus ideas, su abnegación inconmensurable, su olvido de sí mismos. La generación del 80 conquistó el Desierto de la Pampa y el Desierto de la cultura, hasta sus límites posibles.

## LA CRÍTICA LITERARIA

Laferrère cultivó la crítica literaria desde su juventud y esa crítica fue contemporánea de la crítica política. No



fue una crítica impresionista, como hubiera podido sospecharse de la vida ambulatoria de un periodista; ni fue una crítica determinista como la de Brunetière, sino más bien biográfica, como la de Saint-Beuve.

He buscado entre los pequeños medallones de crítica literaria que publicó nuestro autor en el Suplemento de "La Nación", algunos de los más importantes y anoto entre ellos los que se refieren a Eduardo Mallea, Roberto Le-  
villier, Carlos Ibarburen, Norberto Piñero, Juan P. Ramos, Norah Lange, Ruiz Guñazú, Manuel Mujica Láinez, Juan Carlos Dávalos, Ramón J. Cárcano, Arturo Capdevila y otros más. Muy difícil resulta expresar en una nota bibliográfica un juicio sintético y exacto, sobre una personalidad vigorosa y original. Si hay fisonomías que se prestan al esquema, hay otras que se escapan de él y es temerario poder apresarlas. En esos casos descubrimos la perspicacia, el ingenio, y el arte del comentarista. Hay instantáneas literarias que valen mucho más que retratos de larga pose. Las instantáneas que tomó Laferrère son de evidente valor histórico y crítico. Hay que tomarlas a cierta distancia, ni muy cerca ni muy lejos, ni con mucha ni con poca luz, ni desde muy alto ni desde muy bajo. Entonces la fotografía es más o menos exacta. De lo contrario es falsa. Laferrère supo tomar distancia para juzgar a muchos hombres, fueran políticos, historiadores o escritores. Y esa distancia le sirvió para proyectarlos tal como eran, no como parecían serlo.

Hay un primer libro sobre el cual Laferrère hace un estudio muy completo. Nos referimos a "Fruto vedado" de Groussac. Esta novela lleva como subtítulo, "novela de costumbres". El relato se publicó en Sur-América a continuación de "La gran Aldea" de Lucio V. López. Como veis este diario era tan literario como político. Cuando existen más lectores para las páginas literarias que para las políticas, podemos afirmar que la gente es más culta e inteligente. En la actualidad ni las literarias ni las políticas son las más leídas. Las más leídas son las dedicadas a los deportes. Nos parece muy bien, pero no deben desalojar a las primeras y a las segundas.

"Fruto vedado" está influido por el realismo sentimental de Daudet de quien era admirador Groussac y al que había frecuentado en París. En "Fruto vedado" hay un viajero y ese viajero es el autor. Es un libro de nostal-

gias y renovación, de amor recordado y amor florecido. Es una novela, según nuestro crítico que puede considerarse como un documento valioso para su biografía psicológica. De todos modos, y coincido con Sáenz Hayes, Laferrère es uno de los más genuinos críticos y ensayistas con que cuenta la literatura argentina y hay que buscarlo sobre todo en tres prólogos escritos para las "Páginas escogidas" y el "Santiago Liniers", de Groussac; "La gran aldea" de Lucio V. López, y en sus dos conferencias: "El acuerdo de San Nicolás" y "Los planes de desmembramiento de Buenos Aires, de 1826 a 1852".

¿Pero qué le enseñó a nuestro escritor el áspero Director de la Biblioteca Nacional? Le enseñó a ser objetivo, preciso, claro, y no dejarse impresionar por las palabras. Desdeñar la fábula y la leyenda. Huir del ruido y del murmullo. Comprender los goces del silencio creador frente al tumulto infecundo. En lo que se refiere a la expresión de las ideas nuestro hombre era capaz de perdonar algunas torcidas ideas de ciertas doctrinas con tal que fueran escritas en una prosa rectilínea y elegante. Comprendió al lado de su maestro que las polémicas pueden servir para crear y no para destruir. El choque de los floretes enciende chispas de luz e ilumina el rostro de los duelistas. Cuando le explicó Groussac las polémicas ardientes entre Sur-América y la Unión, comprendió que los actores no eran totalmente "blancos" ni totalmente "negros". Eran de color azul y blanco, pues defendían la organización del país, desde distintos puntos de vista. Todos los actores presentaban una gran estatura intelectual y moral. No olvidaban que habían nacido en una tierra libre, con un cielo límpido y bajo la cruz del Sur.

Lo que más aprendió Laferrère del Aristarco de la Biblioteca fue la lucha contra el culto del "floripondio", que se caracteriza por la ampulosidad enfática, los períodos interminables, las cláusulas asmáticas, las metáforas ridículas, todo ello síntomas de incultura, de simulación o de ignorancia.

No creo como lo afirma Groussac que el idioma castellano disponga de continuo al vértigo oratorio. Depende mucho del temperamento individual y del medio geográfico. Los países que tienen regiones que se asoman al Mediterráneo contienen gente más expansiva y cálida que las que viven más adentro". Menéndez y Pidal sostiene y

prueba que el rasgo del temperamento español es la sobriedad. La sobriedad se refleja en su físico y en su psicología. "El alma hispana es sobria. No se ve apremiada por muchas necesidades. Esta sobriedad psicológica implica inclinación a la sencillez en todas las manifestaciones de la vida. En el arte lleva a usar aquellas formas conceptuales y de expresión que el espíritu obtiene en una intuición vigorosa de la realidad".

Cuanto más sobrio es el escritor es más intuitivo y piensa más sin palabras que con palabras. Laferrère reflexiona con las ideas necesarias y las escribe con las palabras imprescindibles. Su instrumento de expresión ha trazado cardiogramas sin arritmias. Su pluma ha sido dócil y obediente. Serenidad sin adormecimiento, sosiego sin claudicación, energía sin aspereza. El "bombo" y el "palo" escribía Menéndez y Pidal no sirven para orientar las opiniones, ni para ninguna otra cosa.

El prólogo de *La gran aldea* que lleva como subtítulo "Costumbres bonaerenses" parece el prólogo para una obra de costumbres de José Mariano Larra. *La gran aldea* tiene un calor documental indiscutible y pudo ser una sustanciosa novela política como las que escribió Disraeli en su época. El año 1884 apunta Laferrère puede calificarse de climatérico en nuestras letras. En ese año se publican: *Fruto vedado*, *La gran aldea*, *Juvenilia*, *Música sentimental*. La generación del 80 tuvo su *tiempo perdido* como hubiera dicho Wilde pero tuvo un tiempo ganado para las letras del país.

Los hombres del 80 fueron demasiado entusiastas o demasiado inteligentes o demasiado soñadores. No fueron políticos sin escrúpulos, románticos sin angustias, delirantes alucinados. Fueron hombres de altos pensamientos más que hombres de acción y si algunas veces se durmieron sobre sus laureles, muchas otras combatieron contra una multitud de negrura y problemas.

## LA LECCIÓN DE UNA VIDA

Laferrère fue un idealista que pudo caer en la incredulidad y en el desengaño. Pudiéramos sospechar que en los últimos años la sombra del escepticismo hubiese entrado en su corazón. Si hubo un intento en ese sentido lo apartó con una sonrisa de esperanza. No le temió a los progresos de la ciencia y de la técnica. No creyó que oscureciesen el corazón del hombre. Escribía hace unos años: "Deducir de los prodigiosos descubrimientos y experimentos científicos de nuestra época que todas las convicciones tradicionales deben ser sentenciadas de caducidad no pasa de ser un sueño pueril. Aunque no tan acelerado y sensacional como ahora, el adelanto científico ha sido continuo en los países civilizados, sin que nadie fuera inducido a creer que, aparte de sus beneficios instrumentales, ello pudiera cambiar en modo alguno la idiosincrasia del caminante terrenal. Hoy oímos repetir doctoralmente, no a los sabios sino a los legos, que por efecto de la fisión nuclear, de las hazañas interplanetarias y las computadoras electrónicas, los deberes, las instituciones, las costumbres de ayer, resultan meras supervivencias en cuyo favor es imposible aducir razones que no provengan de cerebros fosilizados. Olvidan que el progreso técnico no supone progreso moral y que, si presta a la humanidad servicios extraordinarios, sirve también para despertar tenebrosos atavismos y multiplicar las ocasiones de ponerlos en movimiento. La ciencia tiene a su alcance todo lo bueno, pero también no poco de lo malo. Por ella no hemos de asistir a la aparición de una estirpe de semidioses, extraños a las antiguas virtudes y a las perversiones innatas".

Laferrère fue un moralista. Moralista en la política, moralista en la historia, moralista en las letras. Predicó su verdad que era la verdad de la gente más honesta de la hora. Sabía que las semillas que sembraba no se las llevaría el viento. Primero trazaba los surcos y después arrojaba la simiente. Es indudable que su cosecha fue promisoria.

Quiero recordar aquí la incitación que hizo a la juventud de su tiempo y que vale para todos los tiempos: "Tú, que inicias el camino de la vida, reacciona contra el ejemplo de los hombres importantes que no tienen opiniones y de los hombres inteligentes que no tienen altivez. Subordina tus ambiciones a la ambición de merecer respeto. No re-

conozcas jerarquía más alta que la del carácter, ni mayor premio que la satisfacción de ti mismo y la solidaridad de los propios. No hay desdicha más honda que la de quien abandona sus filas, llorando como Boadill por no haber sabido defenderlas. Que nunca tu actitud ofrezca equívoca, que siempre se sepa dónde vas a estar”.

Su programa de joven lo cumplió hasta el final de sus días. Su conciencia moral la defendió contra todas las acechanzas; su altivez contra todos los halagos; su modestia contra todas las ambiciones; su equilibrio contra todos los espejismos; su patriotismo contra todas las pasiones.